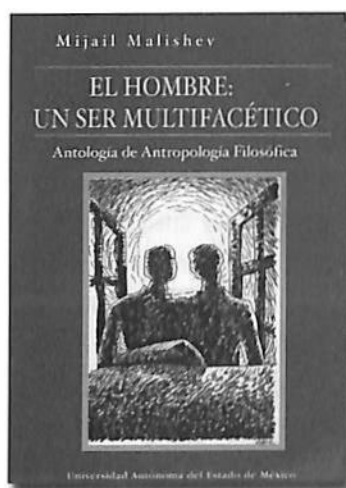


La resquebrajada seguridad de ser hombre



El hombre: un ser multifacético.
Antología de Antropología Filosófica, Mijail Malishev,
Toluca, UAEM, 2003, 405 pp.

El libro que nos ocupa posee un gran valor, en el sentido de que no sólo es una recopilación de materiales fundamentales para la antropología filosófica, sino que presenta además una reflexión seria y ordenada de su propio quehacer filosófico.

Desde el título mismo: *El hombre: un ser multifacético*, el autor nos presenta esa inquietud de no encerrar, no encasillar en una definición dura el ser propio del hombre. Propone una búsqueda personal, una revisión del conocimiento que tenemos de nosotros mismos, de nuestro ser, inquietudes y vocación, y del papel que desempeñamos en el mundo.

La palabra *hombre* posiblemente sea una de las más complejas y enigmáticas. Y es por esta misma complejidad que encierra el término que no debemos amedrentarnos al enfrentarlo, sino cuestionarlo con la mayor seriedad posible, puesto que a todos, en algún momento de nuestra existencia, nos asalta y nos arrincona la pregunta, ¿quién soy?, o mas aún, ¿qué soy? Respuesta ineludible: soy un hombre. Pero inmediatamente surge otro cuestionamiento: ¿qué es el hombre? Desde la Antigüedad se ha tratado de dar una respuesta a este interrogante y después nos topamos con el *homo sapiens* de Linneo, el *homo faber* de los positivistas, el *hombre libido* de Freud o el *hombre económico* de Marx. Estas posibles respuestas que nos proporciona la tradición son incompletas e inacabadas; proponen una visión parcial y nunca acabada de lo que esencialmente es el hombre.

Si bien es cierto que desdeñar la tradición es de necios, también es verdad que la tradición misma es la que nos arenga e invita a seguir hurgando y trabajando en la búsqueda de una respuesta que tenga una mayor amplitud sobre el conocimiento del ser que nos es propio. De aquí la gran virtud del

trabajo de Malishev: es una invitación a encontrar un sentido, una base más amplia sobre la cual seguir preguntando; nos brinda la posibilidad de seguir desarrollando una visión más integradora del saber que poseemos de nosotros mismos. Me parece pertinente resaltar que la visión integradora que propone el autor sobre el ser humano no busca erigirse como una visión totalizante; busca ser un saber integrador y a la vez abierto a las infinitas posibilidades manifiestas del hombre. La antropología filosófica propuesta por Malishev nunca pierde de vista la imagen del hombre como un ser integrador, presenta al ser humano en su unidad fundamental y tanto como en su no menos fundamental diversidad; es decir, trata al hombre *en* y *desde* su dimensión histórica; toma en consideración al hombre desde sus diferentes culturas y épocas, con la única finalidad de dar fiel testimonio de su ser y quehacer.

Vuelvo a la pregunta: ¿qué es el hombre?

En estos tiempos, la respuesta posible "animal racional" o "ser de razón" nos parece ya un poco romántica, en la medida que, al parecer, el pensamiento no es lo esencial en el ser humano. Por lo menos, esta respuesta, que ha señalado a lo largo de la historia una diferencia entre el hombre y los demás seres, ya no conforta del todo; más aún, parece ser que ya no nos consuela ni alivia del peso mismo de nuestra existencia. Este planteamiento que propone al hombre como animal racional no da cuenta fiel del puesto del hombre en el mundo, y es una respuesta inacabada, aunque brinda la oportunidad de otros interrogantes. La insatisfacción por la posible respuesta nos conduce al ideal ético inmerso en el trabajo del autor y a la necesidad de otorgar primacía a los interrogantes, a la búsqueda, antes de errar aventurando respuestas. Son las preguntas las que señalan el rigor de la reflexión del texto y abren una brecha para

seguir interrogándonos sobre nuestro ser y nuestro hacer.

Para Malishev la pregunta por el hombre tiene la misma o incluso mayor importancia que preguntar por el orden del cosmos, el decurso del mundo e incluso por la divinidad. De ahí que evadir la pregunta por el hombre resulte vergonzoso, y hasta insultante para la inteligencia. Y lo vergonzoso no estriba quizá en evadir la respuesta, sino dar por sentado que tenemos un conocimiento claro sobre lo que somos para nosotros mismos. Así pues, la pregunta por el hombre es ineludible, y su omisión, resultado de una visión obtusa y abigarrada sobre nuestra existencia.

La cultura, con todos sus periplos y teorías, ha dejado de lado durante mucho tiempo al hombre mismo, como si éste rehuyera a su mismidad o que su existencia le asustara: le ha sido más cómodo dejarla al azar o al destino, antes que enfrentarla e interrogarla de manera nítida. Y este interrogar y enfrentar son invitaciones continuas en la obra de Malishev. De esta suerte, encontramos: "No hay existencia humana que no esté expuesta al riesgo. En nuestra existencia nada está preescrito, el ser humano como constructor de su existencia debe dejarse de fatalismos y sentimentalismos ridículos". Debemos asumirnos. Ésa es la gran tarea. Con una postura eminentemente crítica y ética, debemos hacernos responsables de nuestro existir, de nuestro ser y de nuestro hacer, cifrando la responsabilidad en la búsqueda y en el no asentimiento ciego y categórico de nuestras expectativas y posibilidades.

Hablamos ahora de expectativas y posibilidades que el hombre pareciera cimentarlas en un "sentimiento de seguridad"; seguridad que en el momento actual se revela realmente como inseguridad. Veamos por qué.

Desde la Antigüedad, el hombre se ha sentido inseguro hasta de su propia seguri-

dad. Ahora, el hombre está seguro de su inseguridad.

En el libro de Malishev el "sentimiento de seguridad" aparece en el corazón de la relación naturaleza-hombre-cultura.

Hablaba líneas arriba de un hombre inseguro sobre su seguridad, al evocar tiempos en que blandía como escudo sus conocimientos, saberes y cultura, entendida ésta como la única herramienta confiable para enfrentar a la naturaleza y todas sus manifestaciones correlativas, vuelta *escudo* para enfrentar con mayor certeza todos esos peligros enigmáticos expresados en las manifestaciones de la naturaleza. En esa época, la cultura era el remedio, el látigo que servía para domesticar a la naturaleza.

Después hablé de un hombre seguro de su inseguridad: el reverso de la moneda que se muestra cuando la naturaleza ya ha sido domesticada. Después de esa rendición, el enemigo es otro. Y ahora, ese viejo escudo protector que era la cultura parece salirse de nuestro control, abandona nuestra mano; es más, se vuelve en nuestra contra. Es la cultura la que nos revela nuestras imposibilidades surgidas de las posibilidades ya realizadas, y revela nuestra ignorancia y finitud; es la cultura la que ahora nos muestra qué tan lejanos estamos de poseer un saber auténtico sobre nosotros mismos. De esta manera, asegura nuestra inseguridad; nos demuestra que no sabemos o, por lo menos, que no sabemos tanto como creíamos.

Para hacer énfasis en esta relación de acercamientos-alejamientos naturaleza-hombre-cultura la cita siguiente aporta claridad al punto.

Desde tiempos remotos la cultura (según su sentido original) es algo que ha dado al hombre un sentimiento de seguridad, le ha servido como una especie de "escudo" con el que se protege frente a peligros reales o potenciales, contenidos en su existencia pre-

caria. Probablemente tal era la situación de nuestros ancestros primitivos. [...] En aquel entonces la cultura se percibía como una fuente de seguridad que neutralizaba las fuerzas ajenas y adversas y hacía posible la vida misma [...] Paradójicamente en el transcurso de la historia el hombre ha regresado a la zona de la incertidumbre, pero en esta ocasión el peligro surgió de sus mismos esfuerzos, de la misma cultura que antes le había salvado. (p.16)

Esa condición de incertidumbre muta en una condición trágica y reveladora, pues es la cultura la que nos muestra que, a pesar de haber logrado una especie de señorío sobre la naturaleza, no hemos sido capaces de alcanzar un conocimiento sólido de nosotros mismos, y nos restrega que no sabemos qué es lo que somos; nos muestra y demuestra que ignoramos lo que somos, que nos ignoramos, que nos somos ajenos y que no hemos sido capaces de contar con un asidero; nos revela que estamos en peligro no sólo de no encontrar lo que buscamos (y que al parecer es la parte faltante de nuestro ser) sino de perdernos por completo.

En la obra de Malishev tienen cabida tanto los aportes provenientes del campo de las ciencias físicas como de la tradición filosófica. Coexisten así, Scheler, Plessner, Jung y Freud, ellos y otros grandes del pensamiento occidental que conforman una amplia base reflexiva; pero se necesitó de una sagacidad filosófica depurada para lograr que coexistieran de manera coherente y rigurosa. La religión, la ciencia y la filosofía se han afanado en buscar una respuesta, un consuelo en esta tarea de ser hombres, pero a lo largo del siglo pasado la filosofía tuvo un giro antropológico, con la premisa de indagar y dar preeminencia a la búsqueda del ser que le es propio al hombre.

Es de agradecer todo aporte que nos ayude a que nuestro tránsito por la existencia sea lo más humano posible. LC